

EL SERMÓN VENERANDA DIES, ¿UNA MEDITACIÓN PARA COMPOSTELANOS?

RAMÓN LÓPEZ VÁQUEZ

Junta Directiva de la Archicofradía

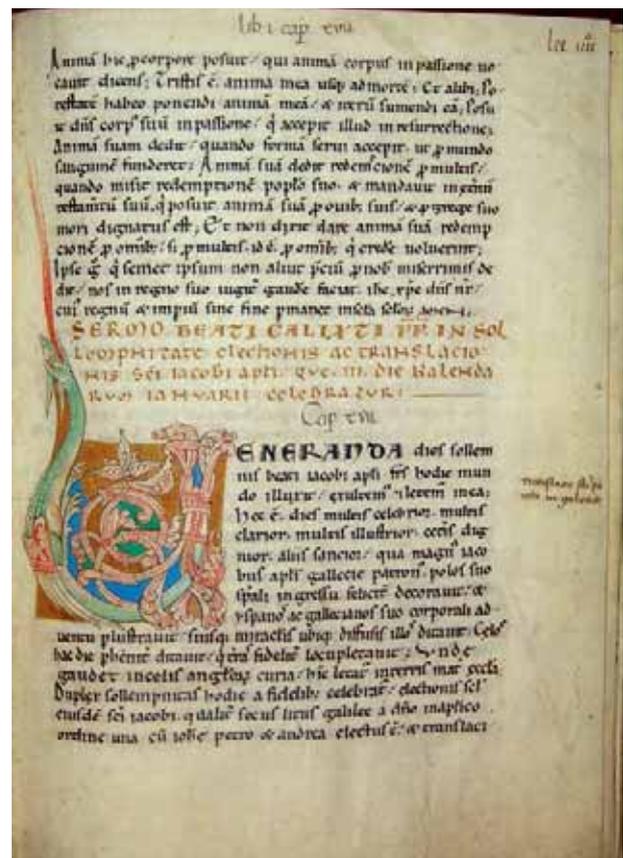
El “liber sancti Jacobi” es una compilación de textos jacobeos hecha por autor o autores anónimos. Se atribuye al Papa Calixto II, de ahí el título de Códice calixtino, por razones que nada tienen que ver con su autoría. No sabemos ni quién lo escribió, ni dónde fue escrito. Sabemos que fue entregado a la Iglesia compostelana por un clérigo llamado Aymérico Picaud a mediados del siglo XII (1160) para que el cabildo lo utilizara como libro litúrgico a seguir en las festividades del Apóstol. Es, pues, un libro religioso destinado a ser leído y utilizado cada día; un bien de consumo cotidiano en la Catedral.

El ejemplar existente en la catedral compostelana es el más antiguo; sirvió de base para todas las copias y traducciones actualmente existentes en los archivos y bibliotecas de Europa y América. Su valor es incalculable. Hace pocos meses (Noviembre de 2017) pasó a formar parte del Registro Oficial de la Memoria del Mundo de la UNESCO como “uno de los testimonios más importantes de la historia de la Humanidad”. Cuando hace pocos años fue sustraído de la Catedral por el electricista, la brigada encarga de investigar los delitos contra el patrimonio cultural calculó en seis millones de euros su valor en el mercado negro; hoy sería muy superior.

¿Dónde radica tanta importancia? En que reseña de forma pormenorizada la Edad de oro de las peregrinaciones al sepulcro del Apóstol Santiago el Mayor. La liturgia de cada solemnidad con sus correspondientes vigiliat, las homilias de cada día, los cantos e himnos al Apóstol, las lecturas bíblicas, etc., son el contenido de este voluminoso manuscrito, escrito sobre pergamino de regular calidad. Naturalmente, los peregrinos de toda clase social que a pie o a caballo acceden al santuario tienen necesidades comunes y variadas. También de ello habla el Calixtino.

Lo primero que precisa el peregrino a Compostela es una ruta geográficamente bien señalizada; en un momento histórico de Europa en el que no

existen las naciones sino que cada territorio tiene su propia legislación, el peregrino necesita una credencial que le permita transitar sin contratiempos, salvoconducto, por todos ellos; además de un camino sin fronteras, ha menester de protección ante los abusos de otros peregrinos o las incursiones conocidas con el nombre de “razzias” a cargo de los musulmanes. Precisa sobre todo que por parte de la Iglesia se le ofrezca la organización y el ceremonial de lo relativo al punto de partida, al trazado del camino y la recepción en el destino final. La peregrinación era un acontecimiento social y religioso; un fenómeno de religiosidad popular en el que el peregrino pone los motivos y siente las necesidades



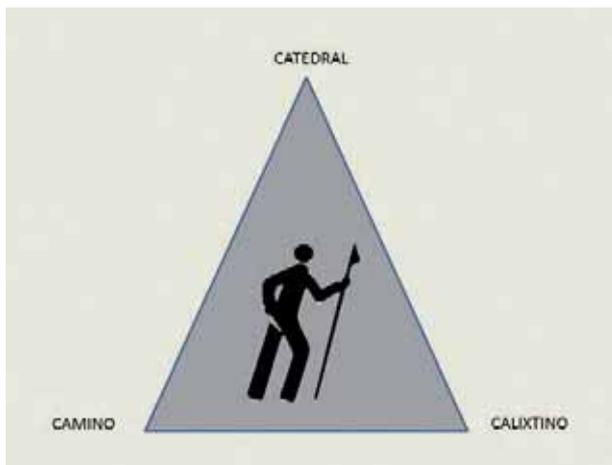
Códice Calixtino. Sermón Veneranda Dies.

y los poderes eclesiásticos y no eclesiásticos los medios de satisfacerlas.

A las necesidades del peregrino responden el trazado del Camino con su red de instituciones asistenciales y, sobre todas, la Catedral de Santiago. La ruta geográfica se convierte en ruta espiritual por razón de la común intención de rezar ante la tumba del Apóstol que custodia la Basílica compostelana. El Camino de Santiago no es una simple vía para deambular, sino un ITER o Vía Sancti Jacobi, un espacio estrecho trazado con destino preciso: llegar a Compostela, concretamente a la Catedral.

La necesidad más perentoria para el peregrino empezaba por ver desde el Monte del gozo las torres de la Catedral y, por fin, encontrar en sus naves interiores los ritos y ceremonias litúrgicas solemnes que colmen sus expectativas. El culto al Apóstol dentro del templo, la atención religiosa al peregrino por parte de los confesores “linguaxeiros”, la predicación, el canto coral, las solemnidades del martirio y de la traslación, las misas específicas de Santiago, son registrados con detalle en el Códice.

De lo dicho debo concluir que los tres grandes monumentos del santuario de peregrinación compostelano son precisamente el Camino como ruta geográfica y cultural, la Catedral como lugar del culto jacobeo y el Calixtino como testimonio manuscrito de la importancia del santuario compostelano para la cristiandad. En definitiva, el Calixtino es el libro que guarda la memoria del culto a Santiago en la Catedral y la cultura jacobea fuera de la Catedral correspondientes a la edad clásica de las peregrinaciones a Compostela. En sus páginas se registra una aventura histórica ejecutada por seres humanos movidos por la virtud de la fe.



Sin duda, la UNESCO lo considera un testimonio de la Humanidad que narra los avatares del peregrino medieval al santuario apostólico de Compostela.

El Códice, como sabemos, consta de cinco libros con varios apéndices; cada libro, a su vez, de capítulos y cada capítulo de epígrafes distintos.

Aquí y ahora, pretendo exponer el capítulo XVII del libro primero conocido en la literatura jacobea como el sermón “Veneranda dies” pronunciado por el papa Calixto en la festividad de la elección y traslación del cuerpo entero de Santiago desde el puerto de Jafa, Jerusalén, hasta el puerto de Iria, primero, y a continuación hasta Compostela.

Obviamente este sermón no fue ni redactado ni pronunciado por el papa; el autor o los autores del Códice se lo atribuyen al papa Calixto para darle prestigio y carácter de doctrina universal para todos los católicos.

¿Cuáles son las razones de que aquí y ahora les hable del sermón correspondiente a este venerable día?

En primer lugar es cuantitativamente el de más páginas de los catorce de que consta el Libro primero; en las traducciones tanto al castellano como al gallego ocupa unas cincuenta páginas. Es, sin duda, el sermón “mayor” del Calixtino por razón de que contiene la memoria de la labor apostólica cuando vivo y cuando muerto, al igual que Santiago es el “mayor” por la cantidad de favores que hace a todos y en todos los lugares o el camino es el “mayor” de Europa porque está lleno de gente desde los lugares más lejanos. En segundo lugar, se cita expresamente a Galicia, a las tierras de Galicia, a las gentes gallegas una veintena de veces; también a la ciudad de Compostela y de Santiago, unas doce veces. En contraste, sólo cinco veces se nombra a España. Las referencias gallegas y españolas culminan con la proclamación de Santiago como patrón de Galicia y de España. Por último, da la impresión que el autor quiere hacer una especie de revisión crítica pública para que los compostelanos, unos cuatro mil, mediten, precisamente el día que en la Catedral se conmemora el gran milagro de la traslación a Compostela, y reflexionen sobre su comportamiento para con el hecho jacobeo en su propia ciudad.

Si nos fijamos en los diez epígrafes que sucesivamente se van explanando a lo largo del sermón, podemos concluir que se trata de un resumen de la vida religiosa del Apóstol Santiago; una historia que



comienza con la elección de Santiago y de su hermano Juan en la ribera del mar de Galilea como apóstoles de Cristo y remata con la narración del gozo y entusiasmo contagioso experimentados por los peregrinos cuando salen por la puerta de las platerías en Santiago. Para resumir todo lo que alrededor del Apóstol acontece desde el siglo primero en Oriente hasta el doce en Occidente las cincuenta páginas están bien aprovechadas. Por su extensión y por las referencias a los lugares de Galicia, a la idiosincrasia de los gallegos, a los problemas con que en Compostela se encuentran los peregrinos, cabe pensar que no fue un sermón pronunciado en la catedral, sino un discurso escrito en Compostela y por autor compostelano destinado a ser leído a los peregrinos en los lugares donde estos se reunían, sobre todo en los centros de acogida regentados por la orden de Cluny, que en este tiempo actuaba como agente turoperador, como una agencia especializada en la organización de peregrinaciones a todo tipo de santuarios. Se trata de un discurso que no es para “andar y ver” lo que en el se dice, sino para oír y escuchar el mensaje que el autor pretende transmitir. La prosa narrativa expositiva y doctrinal nos hace pensar que en la mente del autor su finalidad era instruir al oyente sobre lo que el peregrino compostelano debía saber y creer cuando entraba en tierras gallegas y, concretamente, en la ciudad de compostelana, no sobre lo que debía ver y visitar como ocurre con el libro V.

De estos datos, pues, concluyo que el sermón “Veneranda dies” se escribe para decirle a los gallegos que el Apóstol les trajo la nueva doctrina de la fraternidad universal y que en el cielo y en Compostela ejerce de patrono. De igual modo informa a los grupos de peregrino reunidos en los lugares destinados a acogerlos y darles hospitalidad cristiana cosas muy concretas acerca de lo que acostumbra a sucederle a un peregrino cuando pisa la ciudad de Compostela. Un buen puñado de páginas dedica el autor a presentar los peligros ocultos que en el camino y en la urbe pueden sorprenderles. También que el autor conoce perfectamente los entresijos y pormenores que acompañan un viaje generalmente a pie y en grupo desde tierras lejanas. Con todo, el interés prioritario se centra en recalcar los valores y los signos externos del espíritu jacobeo vividos en Compostela tales como el contacto entre grupos de naciones y lenguas distintas, la masificación dentro y alrededores de la catedral, la diversidad europea a la vista en la plaza del Paraíso, la catolicidad del culto jacobeo, la esperanza compartida, el optimismo y la

exaltación del espíritu de victoria sobre los muchos peligros superados.

¿Como se estructura este sermón? Sobre dos ejes vertebradores: un primero, muy breve, referido a la elección apostólica de Santiago cuando vivo y un segundo, prácticamente todo el sermón, centrado en Santiago peregrino después de muerto y desde su enterramiento en Compostela; en definitiva, el discurso narra la historia de cómo Santiago fue elegido Apóstol y cómo desde Jerusalén fue trasladado a Compostela y cómo desde Compostela evangelizó Occidente. En síntesis, no es un sermón en el que se expliquen las razones por las que Santiago eligió Compostela como lugar de enterramiento, sino que se narra cómo todo ello ocurrió. Lo importante es el cómo, no el porqué de lo referido.

Lógicamente, lo primero que hace es describir el cómo de la elección como Apóstol. Es la narrada en el Nuevo Testamento y hoy bien conocida pero no así en la Edad Media. Estando con su padre y hermano Juan preparando los aparejos de pesca recibe la invitación de Cristo a seguirle. Al punto los dos hermanos abandonan padre, madre, barca, redes y ocupación profesional, y se incorporan al grupo de Pedro y Bernabé que ya habían aceptado la misma propuesta. El significado del abandono de la profesión de pescador por el de predicador de una nueva religión lo interpreta el autor como un cambio del cristianismo por el judaísmo. El episodio tiene un desenlace sorprendente: los dos hermanos lo dejan todo para ocuparse sólo de predicar una nueva doctrina, cuyo lema es la práctica del amor fraterno.

Para hacer el sermón fácilmente inteligible a las mentes de las gentes de toda condición social y formación cultural, la práctica totalidad analfabetos, utiliza las metáforas del Lirio y la Palmera como ejemplos que los oyentes conocen perfectamente; con las metáforas de estos dos vegetales a la vista, la labor evangelizadora de Santiago se comprenderá con facilidad.

La palabra lirio suena bien a los oídos de cualquier cristiano que viva en cualquier valle de la húmeda Europa; entre todas las hierbas destaca por el buen olor y la hermosura; florece cada primavera y recubre de colores blancos la naturaleza después de cada oscuro y largo invierno. Hablar y comparar a alguien con el lirio equivale a hablar de alegría y de esperanza de vida feliz.

Así, la religión que a Galicia trajo el Apóstol simboliza la resurrección y el nacimiento al mundo de

la belleza y de la vida de esperanza de un pueblo que antes vivía en el mundo de las tinieblas y de la muerte.

El autor de este sermón demuestra ser un buen naturalista y conocer las propiedades terapéuticas del lirio: sus flores, sus raíces trituradas, las hojas cocidas, las semillas, el jugo, tienen la virtud de curar distintas enfermedades corporales; señala sobre todas las picaduras de las serpientes, que para los cristianos es el símbolo inconfundible del diablo. Las virtudes curativas del lirio para el cuerpo son la metáfora de las virtudes del mensaje de Santiago para curar las enfermedades del cuerpo y del alma.

Con igual finalidad trae a cuento la metáfora de la Palmera. Árbol familiar a los habitantes de la zona mediterránea, símbolo utilizado por los niños hebreos el domingo de ramos y por los peregrinos que regresan de Jerusalén.

¿En qué simboliza la Palma a Santiago? En primer lugar en la firmeza con que se adhiere a la tierra; los vendavales acostumbran derribar árboles de todo tipo, excepto palmeras que los resisten todos; así, Santiago, mientras vivió resistió muchos y duros ataques, entre otros el martirio, sin que ninguno le hiciera declinar en sus convicciones. Es un árbol muy familiar a los habitantes de la ribera del Mediterráneo; crece siempre en vertical; ni torcida ni retorcida. Muere siempre de pie. Sus frutos son dulces y sus palmas tienen forma de arco de triunfo, símbolos inequívocos de victoria. En la contienda espiritual Santiago, con las buenas obras ha vencido a los vicios y a los enemigos de la nueva doctrina; es el primero de los apóstoles en entrar en la Jerusalén celestial con la palma del éxito conquistada en la Jerusalén terrenal. La palma simboliza a Santiago porque es un abanderado en la divulgación y éxito del cristianismo.

De pasada dice que predicó en Jerusalén, en Samaría y también en España e Galicia. Nada se nos dice en este sermón sobre los éxitos en Palestina ni sobre los fracasos, a lo que parece, en España y en Galicia. El autor reivindica la labor evangelizadora cuando muerto y sepultado en Compostela; es decir, a partir del año 44. Como sabemos, por los Hechos de los Apóstoles el protagonista de la expansión del cristianismo a lo largo y ancho del Mediterráneo le corresponde a san Pablo; a Santiago ni se le cita en la tarea de extender la nueva doctrina dentro y fuera de Palestina.

El autor de este sermón parece reivindicar y saldar una deuda de justicia con Santiago al proclamarlo como el gran evangelizador del Occidente europeo precisamente desde la tierra que de vivo rechazó su mensaje. Para ello nada mejor que una vez muerto por decapitación según la sentencia de Herodes trasladarlo por mar desde el puerto de Jerusalén al romano de Murgadán en Iria Flavia (Galicia) y desde Iria al lugar de Libredón, Compostela.

¿Cómo fue su traslado a Compostela? El autor enumera cuatro opiniones a las que califica de falsas y exige que en adelante se tenga la propuesta en el Libro III, capítulo I, como la verdadera. Las cuatro opiniones son estas: 1) Que vino por mar sentado sobre un pedrusco; 2) Que tanto el pedrusco y el cuerpo vinieron en una barca. Las dos son falsas porque el autor comprobó con sus ojos que la piedra existente en Iria es granito gallego y no pertenece a la geología propia de Palestina. Otros hacen intervenir a los ángeles que lo trasladan por el aire hasta Iria; y otros sostienen que unos marineros lo trajeron desde el puerto de Jerusalén en una barca de cristal. Las cuatro opiniones han de considerarse falsas. La verdadera, según el autor de este sermón, es la narrada en el Calixtino. Es esta: una vez muerto, los discípulos lo llevan a la playa; aparece una barca, suben a bordo los discípulos con el cuerpo y cabeza del maestro, se hacen a mar abierto durante siete días a vela y a remo hasta desembarcar en el puerto de Iria, que está en Galicia. Cuando los discípulos se vieron en tierra, dieron gracias a Dios por haber culminado la singladura sin daño alguno.

Sin pararse a narrar las peripecias ocurridas entre el Puerto de Jaffa y el de Iria, episodios que narra con detalle en el libro III, se sitúa en la Basílica compostelana como espacio físico donde yace el cuerpo del Apóstol y sitio privilegiado para contemplar los prodigios obrados por su mediación; a este lugar acuden multitud de peregrinos y reciben aquello que buscan: los enfermos curan, los ciegos recuperan la vista, los posesos son liberados; si alguien entra triste en la Catedral sale alegre. De día y de noche como en una única solemnidad se honra al Apóstol. Todas las tribus, todas las lenguas, todas las naciones, todas las clases sociales, “gentes bárbaras y civilizadas de todas las partes del mundo” (cita 74 pueblos distintos; hoy, conforman la ONU 195; en la Oficina del Peregrino en el año 2017 tenemos constancia de jacobitas de 180 países distintos), ya en grupos, ya en caravanas, acuden a este santuario en busca del milagro con el cada peregrino sueña; milagros que

pueden producirse tanto en tierra como en el mar, en el Camino y fuera del Camino, en la Catedral y lejos de ella, porque el Apóstol “está en todas partes dispuesto a ayudar a quien acude a él”. Esta idea de la universalidad del santuario aparece en todas las manifestaciones de la cultura jacobea. Así, en el Pórtico, la orquesta de ancianos utiliza instrumentos de todo tipo de músicas; los gigantes y cabezudos, el Coco y la Coca, los productos exóticos traídos de lejanos lugares que se comercializaban en las famosas “toxinas”, el romancero, la misma archicofradía universal del Apóstol con cofrades del mundo entero. La escala con la que se miden los terrenos jacobeos es siempre la de la Humanidad.

La conclusión es que la peregrinación a Compostela es un acontecimiento universal para la Iglesia y que Compostela es una ciudad santa abierta a quien quiera entrar por ella. De ello, deduce el autor, Galicia y los gallegos pueden considerarse unos afortunados por custodiar en su tierra tan preciado tesoro.

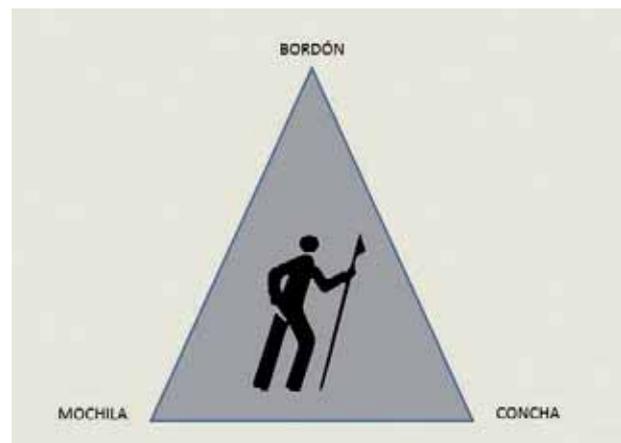
Conclusión que el autor toma como enunciado para los tres siguientes apartados. Son estos: 1) ¿Qué atributos distinguen a un peregrino a Compostela? ¿Con qué problemas se encuentra cuando llega a esta ciudad? ¿Cuál es su estado de ánimo cuando regresa a su lugar de origen?

Al principio de esta intervención dije que la necesidades básicas del peregrino medieval a Compostela eran un camino bien cartografiado y protegido, la Catedral como destino final y la realización de actos litúrgicos jacobeos adornados con la solemnidad propia de un santuario de primera categoría. Ahora el autor del sermón “Veneranda días”, correspondiente al capítulo XVII del libro primero del Calixtino, deja al margen el Camino, la Catedral y las solemnidades narradas en el Calixtino, para centrarse en las peripecias particulares del peregrino desde que sale de su pueblo, se acerca a Compostela, se relaciona con los compostelanos y, de regreso, vuelve a casa hecho otro. La razón es bien sencilla; sin Apóstol no habría peregrinos, pero sin estos no tendríamos no Catedral, ni Camino ni Calixtino, ni nada.

Yendo por partes, digamos que la peregrinación a Compostela es un periplo circular: parte de la iglesia parroquial y vuelve a la iglesia; se hace en grupo; es un fenómeno de religiosidad popular. El peregrino romántico de hoy en día, solitario, pendiente de las noticias del móvil, amante del senderismo y de la belleza de las estrellas no es el del Calixtino, por más que disfrute rasgando la lira en la plaza del

Obradoiro. Los grupos de peregrinos acudían a la iglesia parroquial; allí se les entregaba una mochila, escarcela, y un bordón, los dos símbolos que los distinguirían como caminantes que ejercen las virtudes de la caridad y de la fe. El Calixtino registra las dos oraciones que el sacerdote recita a la entrega de cada uno de los dos símbolos. En las dos se insiste en que el deseo del peregrino es caminar y llegar al sepulcro de Santiago, volver exultante de gozo, sano y salvo al mismo punto de donde parte. Lo importante es el fin del trayecto.

Vistos por separado, la mochila simboliza el espíritu de generosidad, de sacrificio y de mutua ayuda con que el peregrino inicia el camino. Ha de ser de tamaño pequeño y siempre abierta para dar y recibir lo necesario a quien busca concluir la peregrinación.



El bordón, la fe con que el peregrino se hace a una aventura con muchas e insospechadas “catervas de enemigos”. Para defenderse de los lobos y de los perros, símbolos del diablo, el palo de peregrino pudo ser muy útil. Pero los peligros son tantos que el peregrino necesita creer en los tres dioses que conforman la trinidad cristiana: Padre, Hijo y E. S. Por el bordón el peregrino recibe un tercer pie para apoyarse y estar seguro del terreno que pisa. “La catterva de enemigos” es la razón por la que la Iglesia recomendaba al peregrino que antes de partir ponga negro sobre blanco y bien claras sus disposiciones testamentarias.

Obviamente, los grupos a la iglesia ya acudían vestidos con ropa apropiada para soportar las inclemencias del tiempo atmosférico, en aquel tiempo imposible de pronosticar ni siquiera por horas.

Llama la atención que entre los atributos entregados a la salida no se encuentre la vieira siendo actual-

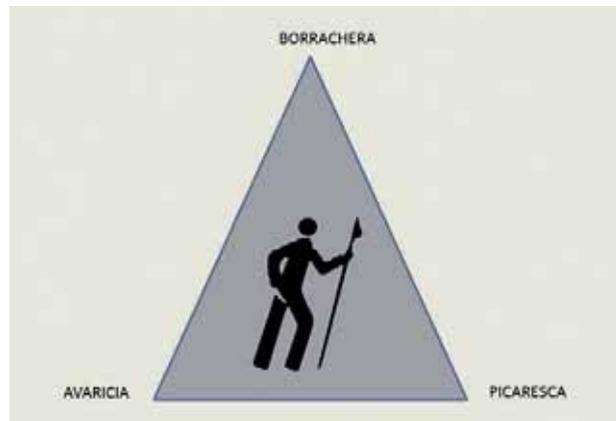
mente el símbolo universal del peregrino jacobeo. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que la vieira simboliza al peregrino que vuelve de Compostela gozoso de haber cumplido el gran deseo de visitar la tumba apostólica. Equivale, según se afirma en este discurso, a la actual “Compostela” que actualmente se entrega en la oficina del peregrino como testimonio acreditativo de tal condición. Junto a la mochila y al bastón pasa a ser el tercer elemento externo que identifica al peregrino que vuelve, no al que todavía va.

La leyenda asocia la concha a la misma llegada del Apóstol a tierras gallegas. Así se cuenta el episodio. Un novio con sus acompañantes camina por una playa una mañana de mar arbolada camino de la casa de la novia para, juntos, acudir a la Iglesia y casarse. El novio observa una barca encallada; con su caballo se hace a la mar para socorrer a los naufragos; una gran ola arrebató a los dos; invoca al cielo y consiguen salir con la increíble sorpresa de verse, caballo y caballero, cubiertos de conchas de vieiras. La comitiva atribuye el milagro al cuerpo que trae la barca; el cuerpo era el de Santiago el “Mayor”.

¿Cuál es su simbolismo específico? El de la victoria de las virtudes sobre los vicios. Los peregrinos que regresan de Jerusalén simbolizan el triunfo llevando palmas en las manos; los que lo hacen de Compostela lo exteriorizan con la concha vieira cosida en el exterior de sus capas y en la parte frontal del sombrero. El autor es un buen conocedor de Galicia y de los alrededores de Compostela; afirma que en el mar próximo a Compostela abunda este marisco y que en su cara externa tiene la forma de la mano humana; y las manos son los instrumentos necesarios aunque no suficientes para realizar tanto las buenas como las malas obras; da el autor por supuesto, y así lo expone, que el peregrino que regresa en grupo vuelve comprometido, junto con sus compañeros, con el cumplimiento de los dos mandamientos básicos del cristianismo: amar a Dios y al prójimo.

Lo que la concha de la vieira, con las abultadas estrías exteriores bien visibles simboliza, es el hacer el bien en el mundo sin reparar a quien.

Respondida la pregunta sobre los símbolos que identifican al peregrino jacobita, deja de lado el autor el mundo simbólico y directamente se dedica a narrar los problemas reales con los que se encuentra a lo largo del camino y, de forma concreta, con los que ha de convivir durante su estancia en la ciudad de Compostela.



El principal problema, el gran mal, el gran vicio, el pecado capital por excelencia que los peregrinos sufren en su caminar hacia Compostela es el del alcohol; los borrachos reales y concretos que el autor dice haber visto una y mil veces con sus propios ojos le llevan a concluir que la borrachera es la causa universal de todos los malos pasos dados por el peregrino. No hay excepciones: donde haya un borracho se acabó la fraternidad y se instala el odio. “Quien del vino es amigo, de sí mismo es enemigo” dice el refranero. “La borrachera y la lujuria deben ser eliminadas del que sigue a Cristo”, dice el Calixtino.

Hecha esta afirmación realiza un pormenorizado repaso del tratamiento del vino en la Biblia para concluir que el vino es una excelente cosa creada por Dios; a los humanos les corresponde saber beberlo sin caer en la borrachera. Y para los peregrinos que no sepan dónde está el justo medio les invoca una norma que nunca falla: “la borrachera es calamidad; el agua es paz”.

Llegados a Compostela, además de la borrachera, aparecen otros males que el autor detalla con precisión. Son los malos posaderos, los malos hosteleros, los malos hospitaleros, los trileros de todo tipo que en sus negocios se dedican a saquear a los peregrinos. Los males del camino comparados con los de la ciudad no son nada. A lo largo de ocho páginas describe con pelos y señales la ingente cantidad de argucias, artimañas y pillerías utilizadas por los negociantes y mercaderes compostelanos que es lícito afirmar que la picaresca gallega aparece en el Calixtino varios siglos antes que la vulgarizada en las novelas del siglo de oro.

Tanto carga la mano sobre la práctica fraudulenta para con el peregrino que con fundamento cabe pensar que no había en Compostela ningún negociante honrado. Lo que si resulta obligado creer es que el santo ya entonces movía mucho dinero entre



los cuatro mil habitantes que habitaban dentro de sus murallas. Que robar al peregrino era una profesión rentable, lo confirma con el hecho de que padres compostelanos envían a sus hijos a las escuelas de formación profesional existentes en Italia y Francia que entre sus módulos tenían el de “especialistas” en robar al peregrino jacobita.

Evidentemente, los actos delictivos para con el peregrino hoy irían ante la justicia o ante la libre competencia; el autor de este sermón los lleva ante la justicia divina; la sentencia es clara: las ganancias ilícitas son grandes pérdidas, pues, apartan de Dios a quien las comete y, por el contrario, lo meten en el infierno. Dicho en términos positivos, quienes en el mercado y en el negocio se comporten con honradez experimentarán la alegría de alcanzar el cielo. La lógica que rige la conducta para con los peregrinos es muy simple; los malos comportamientos son penalizados; los buenos, premiados. No existe la ética de hacer el bien por la única razón de ser un bien, independientemente de que sea premiado o castigado.

Evidentemente, los delitos contra el peregrino hoy acabarían delate de la justicia o ante la competencia comercial; en el siglo XII lo que realmente resultaba eficaz para evitar una conducta indeseable era el miedo al infierno (dolor de atrición); para evitar conductas indeseables y/o propiciar las debidas nada mejor que situarse en el más allá y garantizar tanto premios como castigos. La justicia divina para la cultura del románico era inapelable e infalible.

¿Qué estado de ánimo acompañaría al peregrino después de vivir la experiencia espiritual dentro de la catedral y en las afueras la de la avaricia convertida en más dinero para la bolsa? La avaricia como la hidropesía tiene difícil cura; cuanto más dinero ingre-

sa, el avaro mucho más quiere ganar. Sólo el Apóstol puede curarlas.

Seguramente algunos pensarían que al Apóstol le faltaba un milagro por hacer: el de convertir a los mercaderes compostelanos en peregrinos jacobeos. Muchos se preguntarían a si mismos si existiría la ciudad de Compostela con su floreciente comercio de faltar el culto al Apóstol.

Lo que el autor dice es que regresan a sus casas llenos de gozo entusiasta; alegría es la palabra que más se repite para expresar el sentimiento que acompaña al peregrino cuando entra y sobre todo sale de la ciudad santa compostelana. El himno al Apóstol que en las festividades más solemnes pone el punto final expresa perfectamente este sentimiento de satisfacción por haber cumplido el deseo con el que un día partió de la iglesia del lugar de origen. El autor termina el sermón con la invitación a españoles, gallegos y extranjeros que en bandadas a el acuden desde todas las partes del mundo a que desde ya no dejen de proclamar ¡Gloria a Santiago!

